



CARMILLA

JOSEPH SHERIDAN LE FANU

ILUSTRADO POR

ROSEMARY VALERO-O'CONNELL



N UN DOCUMENTO

adjunto al relato que aquí sigue, el doctor Hesselius ha incluido una nota bastante elaborada que acompaña con una referencia a este ensayo acerca del extraño tema que ilustra el manuscrito.

En dicho ensayo trata este misterioso tema con su habitual sabiduría y perspicacia, y con una franqueza y una concisión notables. Formarán, por tanto, un único volumen de la serie de artículos reunidos de este hombre extraordinario.

Como publico este caso en el presente volumen por su mero interés para el «lego», no debo anticiparme en ningún caso a la inteligente dama que lo relata; y, tras considerarlo con detenimiento, he determinado por tanto abstenerme de presentar un resumen del razonamiento del doctor ni ningún extracto de su declaración acerca de un tema que según él «implica, con toda probabilidad, a algunos de los arcanos más profundos de nuestra existencia dual y a sus intermediarios».

Cuando descubrí este documento, me asaltó el deseo de retomar la correspondencia iniciada por el doctor Hesselius, tantos años atrás, con una persona tan inteligente y cuidadosa como parece que era su confidente. Pero, lamentablemente, descubrí que en el transcurso de este período ella había fallecido. Es poco probable que la autora hubiese podido añadir mucho más al relato que traslada en las páginas que siguen con lo que valoro como una atención al detalle extremadamente minuciosa.





I

UN PRIMER SUSTO



N ESTIRIA, SI BIEN no somos nobles, vivimos en un castillo o *schloss*. Una renta modesta, en este rincón del mundo, cunde mucho. Con ochocientas o novecientas libras al año se hacen maravillas. Con esto, en nuestro país, difícilmente habríamos podido vivir como ricos. Mi padre es inglés, como lo es también mi apellido, aunque nunca he pisado Inglaterra. Pero aquí, en este lugar solitario y primitivo, donde todo es increíblemente asequible, no acierto a imaginar qué dinero podría proporcionarnos más comodidades o incluso lujos.

Mi padre sirvió en el ejército austríaco y, cuando se jubiló, con su pensión y su patrimonio adquirió esta residencia feudal y el pequeño terreno donde se halla por un precio irrisorio. No puede haber nada más pintoresco y aislado. Se alza sobre una colina baja en un bosque. El viejo y estrecho camino pasa por delante del puente levadizo, que nunca he visto elevado, y del foso lleno de percas, surcado por multitud de cisnes, y en cuya superficie flotan grupos blancos de nenúfares. Por encima de todo ello, el castillo exhibe su fachada plagada de ventanas, su torre y su capilla gótica.

El bosque se abre a un claro irregular y muy pintoresco antes de la reja, y a la derecha un empinado puente gótico cruza por encima de un arroyo que se adentra en las sombras oscuras del bosque. He dicho ya que es un lugar muy solitario. A usted le corresponde juzgar si digo la verdad. Desde la puerta del vestíbulo, el bosque donde se erige nuestro castillo se extiende quince millas a la derecha y doce a la izquierda. La aldea habitada más cercana está a alrededor de siete de sus millas inglesas a la izquierda. El castillo habitado más cercano de cierta importancia histórica es el del viejo general Spielsdorf, a casi veinte millas a la derecha.

He dicho «la aldea “habitada” más cercana» porque, a tan solo tres millas al oeste, es decir, en dirección al castillo del general Spielsdorf, hay una aldea en ruinas, con su pequeña y evocadora iglesia, ahora sin tejado, en cuya nave se encuentran las tumbas mohosas de la orgullosa familia Karnstein, ya desaparecida, que antaño fuera dueña del igualmente desolado castillo que, desde el corazón del bosque, vigila las ruinas silenciosas del pueblo.

Respecto al motivo de la deserción de este lugar tan impresionante y melancólico existe una leyenda que le relataré en otra ocasión.

Debo precisar ahora lo reducido del grupo de personas que habitan nuestro castillo. No incluiré a los criados ni a los vasallos que ocupan las habitaciones anexas al *schloss*. ¡No va a creerlo! Mi padre, que es el hombre más amable de la tierra, pero ya es mayor; y yo, que en el momento de mi narración contaba tan solo diecinueve años. Han pasado ocho desde entonces.

6

Mi padre y yo constituíamos, pues, la familia del castillo. Mi madre, una dama estiria, falleció cuando yo era niña, pero tenía una bondadosa institutriz que llevaba conmigo casi desde mi infancia. No sabría ubicar un momento en que su rostro redondo y afable no forme parte habitual de mis recuerdos. Su nombre era madame Perrodon, nacida en Berna, cuyo cuidado y buen corazón suplían en parte la ausencia de mi madre, a quien apenas recuerdo de tan pronto que la perdí. Ella era la tercera comensal en nuestras veladas. Había una cuarta, mademoiselle De Lafontaine, que era lo que usted llama una «institutriz de refinamiento». Hablaba francés y alemán, y madame Perrodon francés y un inglés rudimentario, a lo que mi padre y yo sumábamos el inglés, que, en parte para evitar que se convirtiera en una lengua perdida entre nosotros, y también por motivos patrióticos, hablábamos a diario. La consecuencia era una Torre de Babel que a los forasteros les solía hacer gracia y que no haré ningún intento de reproducir en esta narración. Además había dos o tres damas jóvenes, aproximadamente de mi edad, que nos visitaban de manera ocasional, para pasar estancias más o menos largas, visitas que yo a veces les devolvía.

Aquellos eran nuestros contactos sociales regulares, pero por supuesto también recibíamos visitas ocasionales de «vecinos» que residían a tan solo cinco o seis leguas de distancia. Mi vida era, a pesar de todo, más bien solitaria, se lo aseguro.

Mis institutrices tenían el control sobre mí que se puede esperar de dos personas sensatas con respecto a una joven más bien consentida, cuyo único progenitor le permitía hacer prácticamente lo que quería casi en cualquier situación.

El primer incidente de mi existencia, que me causó una terrible impresión que, de hecho, nunca se ha borrado del todo, es uno de los primeros recuerdos que atesoro. Habrá quien lo considere tan insignificante que no debería consignarlo aquí. Irá comprendiendo, no obstante, poco a poco, por qué lo menciono. La habitación de los niños, que era como la llamábamos a pesar de que la tenía solo para mí, era un amplio cuarto en la planta superior del castillo, con el techo abuhardillado de madera de roble. No creo que contase más de seis



años cuando, una noche, me desperté y, al mirar a mi alrededor desde la cama, no vi a la niñera. Tampoco estaba mi aya, así que pensé que estaba sola. No tuve miedo, porque era una de esas niñas felices a las que se mantiene en la más absoluta ignorancia de las historias de fantasmas, los cuentos de hadas y todas esas cosas que nos hacen taparnos la cabeza con las sábanas cuando la puerta cruje de repente o la llama vacilante de una vela apagándose hace que la sombra de un poste de la cama baile en la pared junto a nuestro rostro. Me sentí molesta e indignada al verme, como supuse, abandonada, y empecé a emitir un sollozo que derivaría en un llanto desconsolado. Entonces, para mi sorpresa, divisé un rostro solemne pero muy hermoso mirándome desde un lado de la cama. Pertenecía a una joven que estaba de rodillas con las manos por debajo de la colcha. La miré con una especie de asombro encantado y dejé de llorar. Ella me acarició con las manos, se tumbó a mi lado en la cama y me atrajo hacia sí sonriendo; sentí una calma deliciosa de inmediato y me quedé dormida de nuevo. Me despertó una sensación como si me clavarán dos agujas a la vez y muy profundamente en el pecho, y grité con fuerza. La joven retrocedió, con los ojos fijos en mí, y se deslizó hasta el suelo; creo que se escondió debajo de la cama.

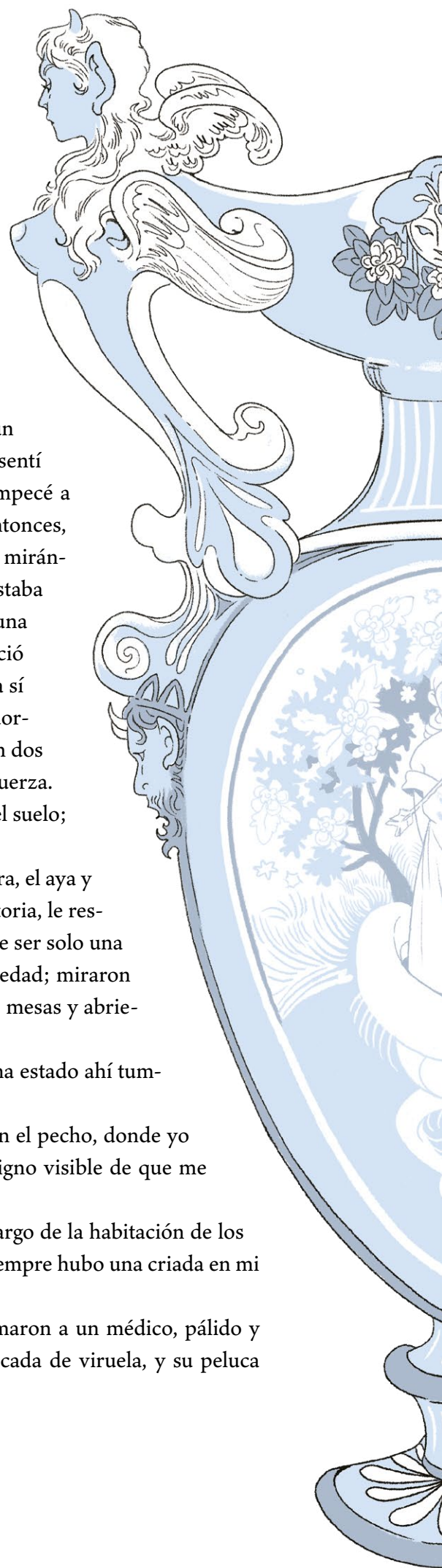
Entonces me asusté y chillé con todas mis fuerzas. La niñera, el aya y el ama de llaves acudieron corriendo y, cuando les conté mi historia, le restaron importancia y trataron de tranquilizarme. Pero, a pesar de ser solo una niña, noté que palidecían y que a sus ojos asomaba cierta ansiedad; miraron debajo de la cama y por toda la habitación, rebuscaron bajo las mesas y abrieron los armarios. El ama de llaves le susurró a la niñera:

—Pasa la mano por el hueco que hay en la cama; alguien ha estado ahí tumbado, la cama sigue aún caliente.

Recuerdo que el aya me acarició, y las tres me examinaron el pecho, donde yo había notado el pinchazo, pero dijeron que no había ningún signo visible de que me hubiese sucedido nada.

El ama de llaves y las otras dos sirvientas que estaban a cargo de la habitación de los niños me velaron el resto de la noche; y, a partir de aquel día, siempre hubo una criada en mi alcoba por las noches hasta que cumplí catorce años.

Sufrí de los nervios durante mucho tiempo después. Llamaron a un médico, pálido y anciano. Recuerdo muy bien su cara larga y taciturna, algo picada de viruela, y su peluca



castaña. Durante bastante tiempo estuvo visitándome en días alternos, y me administraba medicamentos que yo, por supuesto, detestaba.

A la mañana siguiente de la aparición me encontraba en un estado de terror absoluto, y no soportaba estar sola, aunque fuese de día, ni un momento.

Recuerdo que vino mi padre y charló alegremente junto a mi cama, y le hizo a la niñera una serie de preguntas, y se rio con ganas al oír una de sus respuestas; me dio una palmadita en el hombro y un beso, y me dijo que no me asustara, que solo había sido un sueño y que no podía hacerme daño.

Pero yo no encontré consuelo, porque sabía que la visita de aquella extraña mujer *no* había sido un sueño, y estaba *terriblemente* asustada.

Mi aya me ofreció cierto consuelo cuando me dijo que había sido ella la que había venido a verme, y que se había tumbado en la cama conmigo, que seguramente estaría medio dormida y por eso no la había reconocido. Pero, aunque la niñera corroboró aquello, no me quedé muy convencida.

Recuerdo que aquel día un venerable anciano con una sotana negra entró en la habitación con la niñera y el ama de llaves; habló un rato con ellas, y fue muy agradable conmigo. Su rostro era dulce y amable, y me dijo que iban a rezar, me cogieron de las manos y me pidieron que dijese, muy bajito, mientras ellos rezaban: «Señor, escucha nuestras plegarias, por nosotros y por Jesucristo». Creo que esas fueron las palabras exactas, porque a menudo las repito para mí, y mi niñera me hizo repetirlas durante años en mis oraciones.

Recuerdo a la perfección el rostro dulce y preocupado de aquel hombre de pelo cano, con su sotana negra, mientras él estaba de pie en la habitación oscura, austera y noble, con los toscos muebles con aspecto de tener trescientos años a su alrededor, y la luz exigua penetrando en la atmósfera sombría a través de la pequeña celosía. Se arrodilló, y las tres mujeres hicieron lo propio, y rezó en alto con una voz solemne y temblorosa, durante lo que me pareció un rato muy largo. He olvidado toda mi vida previa a aquel suceso, y cierto período posterior también está borroso, pero las escenas que acabo de describir las recuerdo de forma tan vívida como las imágenes aisladas de una fantasmagoría rodeada de oscuridad.

